

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 9-14

Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata

Miguel León-Portilla (edición)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

114 p.

Figuras

(Cultura Náhuatl, Monografías 20)

ISBN 978-607-30-5487-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 15 de febrero de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/081b/manifiestos_nahuatl.html

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

Preserva la Universidad Nacional Autónoma de México, en su Archivo Histórico, 31 cajas, todas ellas con varios legajos o expedientes, que forman el que se conoce como *Archivo de Zapata*. A una de esas cajas, la número 29, que guarda testimonios particularmente relacionados con la acción revolucionaria del caudillo del sur, pertenecen dos manifiestos en náhuatl, suscritos por el propio Emiliano Zapata, cuya publicación aquí ofrezco.¹

Mucho interesan, desde varios puntos de vista, estos manifiestos. Suscritos ambos el 17 de abril de 1918, van dirigidos, uno a un contingente revolucionario y, el otro, a los pueblos de la zona en que esas fuerzas operaban, en buena parte de Tlaxcala y regiones limítrofes de Puebla. Entre tales gentes, según se tenía noticia, había quienes comprendían mejor el “dialecto” indígena que la lengua de Castilla.

Los dichos dos textos fueron redactados en la variante del náhuatl que puede considerarse como más frecuente en la aludida zona poblano-tlaxcalteca. El más breve de los manifiestos abarca dos páginas de tamaño oficio. Sus destinatarios fueron los “jefes, oficiales y soldados de la División Arenas”. Con ese documento se quiso, por tanto, establecer comunicación, más directa y atinada, con los sobrevivientes de las fuerzas que había encabezado el jefe tlaxcalteca Domingo Arenas, acerca de cuya actuación atendemos aquí. Más extenso, ya que, para dar cabida a su texto en náhuatl, se requirieron tres páginas, también de tamaño oficio, fue el segundo manifiesto, que ostenta el título de Tlanahuatil-panoloani, “Aviso que se transmite”. Como en él se indica, se destinó este documento a “los pueblos que están allá, junto a la tierra

¹ El llamado *Archivo de Zapata* comprende documentos de distintas procedencias. Algunos, poco o nada relacionados con el movimiento zapatista, pertenecieron al presidente interino Francisco León de la Barra. Otros testimonios, de gran importancia, provienen de los archivos zapatistas, en su mayoría de los que existieron en el cuartel de Tochimilco, Puebla. Tales documentos fueron conservados por el general Gildardo Magaña. Al morir él, quedaron en poder de su hermano Octavio. Éste los cedió a la Universidad Nacional Autónoma de México en 1962.



donde habían combatido las fuerzas al mando de Arenas”. El hecho de tratarse de destinatarios en cierto modo distintos —por una parte, los jefes, oficiales y soldados de la División Arenas y, por otra, los campesinos habitantes de los pueblos donde ésta operaba— explica que se redactaran no una sino dos proclamas. Interesaba a Zapata, por tanto, ganarse no sólo a los que hasta ese momento seguían levantados en armas sino también al campesinado, que, en sus pueblos y rancherías, colaboraba con ellos de varias maneras.

Aunque desconocemos quién puso en náhuatl lo que expresan tales manifiestos, consta, puesto que los suscribió Emiliano Zapata, que quiso éste lograr tal forma de acercamiento con todos esos hablantes de náhuatl, de los que también sabía que luchaban por la reivindicación de sus tierras. El hecho es que fue ésta una de las ocasiones más cercanas al presente, en la historia de México, cuando, en un movimiento eminentemente popular, se difundieron textos, a modo de manifiestos, en idioma náhuatl.

Sería falso pretender que dichos documentos hayan sido redactados meramente en náhuatl. En el mismo archivo, del que proceden los manifiestos en esta lengua, se hallan los correspondientes escritos en castellano. Tal cosa, lejos de disminuir el interés de los documentos en lengua indígena, lo acrecienta. Quien puso en náhuatl esas “circulares” de seguro se esforzó por traducir en ellas lo que en castellano había expresado o hecho suyo Emiliano Zapata al firmarlo. Bastante difícil fue la tarea del nahuatlato. Tenía éste que pasar, a lengua muy diferente, los conceptos de un movimiento revolucionario que apelaba a principios ideológicos y políticos para los que había que buscar una adecuada expresión, la más comprensible a los hablantes del náhuatl.

Sabido es que esta lengua es rica en vocablos y en posibilidades de múltiples formas de composición. Sin embargo, una cosa es pensar en el náhuatl clásico y otra en sus variantes modernas, éstas ya medio de comunicación venido a menos, de peones y campesinos marginados y con gran frecuencia analfabetas. ¿Cómo hacerles llegar en su lengua —de vocabulario entonces ya bastante reducido— conceptos como los de revolución, servilismo, patria, alistarse bajo una bandera, justicia, garantías, zona de operaciones, defensa de derechos, agrarismo, ideales, personalismo?

Significativo, desde un punto de vista lingüístico, es comprobar —como lo haremos— que, no obstante dificultades, el texto en náhuatl expresó lo que se quería manifestar. Pero no se logró ello por el camino de una servil o literal versión del castellano al náhuatl. El procedimiento fue otro. La comparación de las correspondientes “circulares”, escritas en castellano, con el contenido de los textos en lengua indígena, muestra que hubo adaptación, empleo de los recursos latentes en el moderno náhuatl tlaxcalteco, a pesar de todas sus mermas, léxicas, estructurales y sintácticas. Comprensibles formas, que recuerdan las metáforas y los viejos difrasismos, afloran en los manifiestos. La palabra indígena se torna vehículo de transmisión de los ideales zapatistas.

Para la sociolingüística, en particular para los análisis de una transculturación en el campo de las ideas, estos textos, dirigidos a campesinos indígenas de Tlaxcala, son de enorme interés.

Conciernen asimismo a los empeñados en ahondar en la historia de la Revolución. Como habrá de verse, los manifiestos en cuestión son piezas dignas de tomarse en cuenta en el dramático proceso de una fisura en quienes participaban en los ideales zapatistas. Antecedentes de los textos en náhuatl fueron la alianza, desde noviembre de 1914, y la ruptura más tarde, de Domingo Arenas con el movimiento que encabezaba Emiliano. Hacia fines de 1916 se sometía el tlaxcalteca al constitucionalismo. La amistad con Zapata se trocó en odio y los intentos de reconciliación fracasaron. Domingo Arenas, el de los célebres corridos, campeón también del agrarismo, tenido como héroe en el ámbito de su patria chica, encontró la muerte durante una reunión que tuvo —el 30 de agosto de 1917— con algunos generales zapatistas. Sin pretender un veredicto acerca de esto, acudiremos, en nuestra búsqueda de antecedentes, a testimonios muy distintos entre sí, el de los partidarios de Arenas y el de un conocido zapatista que fue parte en lo que entonces ocurrió.

Cirilo, hermano de Domingo, asumió el mando de la que se conocía como “División Arenas”. Sus relaciones con el gobierno de Carranza —según lo veremos— se deterioraron por momentos. Antes de ocho meses, al no aceptar el desarme que se le exigía, Cirilo tuvo enfrentamientos con las tropas federales. Para los zapatistas —entonces también muy debilitados— esos contingentes que, hasta

que se produjo la fisura, habían sido aliados, podían y debían recuperarse. Era menester hacerles prescindir de todos los motivos de rencilla y aun odio. Para acercarse a ello, Zapata suscribió sus dos manifiestos el 27 de abril de 1918. Con conciencia de que muchos en la División Arenas y en los pueblos que le prestaban apoyo era gente que se comunicaba en náhuatl, se determinó que las proclamas, a la par que en castellano, se difundieran, de hecho con notorios cambios o ajustes, también en náhuatl.

Al sacar a la luz estos documentos, testimonios históricos y también de interés cultural y lingüístico, ofrezco, según lo he enunciado, algunos elementos complementarios para su mejor comprensión. Señalo en seguida los varios puntos a que atenderé:

- Arenas y Zapata, algunos antecedentes y transcripción de testimonios
- Zapata ante los indios. La expedición de los manifiestos en náhuatl
- Reproducción de los documentos con los dos manifiestos, en náhuatl y en castellano
- Transcripción del texto náhuatl con una versión literal al castellano, en forma interlineal, acompañada de notas explicativas
- Presentación comparativa del texto original de los manifiestos en castellano y de la traducción que he preparado de los expedidos en náhuatl
- Transculturación conceptual-lingüística: formas de expresión empleadas en náhuatl para comunicar los principios ideológicos y políticos del zapatismo, a los hablantes indígenas de Tlaxcala

Dejo constancia de que tuve por primera vez noticia de estos manifiestos en 1964 gracias al profesor José María Luján, especialista en la historia de la Revolución mexicana y catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. El profesor Luján, me proporcionó entonces copias fotográficas de los documentos. Una sola mención acerca de estos conozco de tiempos posteriores. Me refiero a la, muy breve, y como de paso, expresada por el profesor John Womack, en su libro “Zapata y la Revolución Mexicana”, aparecido en 1969. Al hacer dicha mención, toca el tema de la actitud de Zapata ante los indígenas. Con algún detenimiento atenderé a ello en este trabajo.



Agradezco varias formas de ayuda que he recibido para preparar esta publicación. Se deben éstas a Jorge Gurría Lacroix, Clementina Díaz y de Ovando, Alvaro Matute, Guadalupe Borgonio y Javier Garcíadiego.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
Tlaltenango, Morelos
Abril de 1996



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS